



Por J. F. GUILLEN

En los bodegones y «naturalezas muertas,» hoy tan frecuentes en las Exposiciones, un elemento nuevo ha venido a sumarse a las caracolas, peces y corales como fórmula de expresión de un afán marineró: la de un frasco con un lindo barquito dentro, bastante más adjetivo aún que el aire con olor a marea baja o que el agua salada, imposibles de trasladar al lienzo en lo que precisamente tienen de posible evocación.

¡Un barco dentro de una botella! En verdad que resulta más difícil esto que no el meter una botella dentro de un barco; y esta consideración, bien sencilla, nos hace pensar en que hubiera sido hartó más sonada la hazaña de Jonás si en lugar de dejarse engullir por ella, se hubiera tragado la ba llena.

Y, sin embargo, desde hace más de un siglo, desde que los frascos de cristal fueron de uso corriente y el vino se vendió embotellado, por ser ya del dominio industrial la fabricación de aquéllos, los marineros han venido construyéndolos y han constituido entretenimiento de las travesías siempre largas de los veleros, para lucimiento de habilidad, entretenimiento de ocios y, a la postre, adorno ingenuo y evocador.

Los más no constituyen, aunque el trabajo es propicio, alarde de preciosismo, sino más bien de paciencia y de manual habilidad; se caracterizan en el afán de llenar el mayor volumen del hueco de la botella, y por eso sus formas responden a cánones estéticos que los diferencian de los verdaderos modelos a escala. En general, no pretenden ser «retratos», sino que, por querer alcanzar los límites del cristal, suelen ser larguiruchos, extremadamente finos de manga—para que quepan por el cuello de la botella—y de muchos palos, pues la dificultad de construirlos es proporcional al número de éstos. La proa siempre mira al tapón, y esto no falla, pues aquí reside uno de los trucos de su construcción, que es...

Unos creen que cortando el fondo de la botella; otros esti-

man—cosa aún más imposible—que fué ésta soplada «por fuera del barquito»...; algunos, que se fué construyendo pieza a pieza utilizando largas pinzas. Pero no; su trampa es bien sencilla: se construye de modo que toda la arboladura sea rebatible y con los hilos que van hacia popa (*obenques*) fijos, mientras que los que mueren a proa o en el *bauprés* (*estáis*) se pasan por un agujerito. Una vez seca la escayola teñida de azul que ha de imitar el mar, se introduce el modelito de buque con los palos abatidos, quedando los hilos con su extremo fuera, y se pega a la escayola por su base; cuando ya está fuerte, no hay más que tirar de los hilos; la arboladura se irá enderezando, y cuando presenta ya su aspecto, con unas gotitas de cola bien fuerte se tapan los agujeritos por donde pasan los *estáis*, que se cortan por el sobrante, una vez bien seca. Después... sólo resta el colocar con pinzas algún detalle que otro, como botes, chimeneas, superestructuras, hasta velas, si se quiere, y... tapar y lacrar.

A estas horas es posible que haya sido admirado en la pantalla un documental que sugirió el Museo Naval, y que explica todo esto; operación curiosísima e interesante, que al ponerse de manifiesto a tanta gente, es posible que, estimulando aficiones, surjan por doquier en nuestra actual decoración de interiores botellas de todas suertes y formas con esos lindos barquitos dentro.

Pero en este trabajo tan avasallador, que es difícil y aún imposible dejar sin terminar de un día para otro—y conste que tengo la experiencia de haber hecho varios—, lo más curioso es el observar los gestos del constructor, con el alma pendiente siempre de un hilo, en toda la extensión del vocablo, o de unos cortes o tijeretazos; complicada la tarea por la rebelde refracción que produce el desigual grueso del vidrio basto.

En realidad, la operación es como un parto al revés, y piense el lector cuántos tocólogos se comprometerían a esto.

